

El día del padre

Día menos afortunado que el de la madre, el del padre también tiene repercusiones. Por ello, y como ya es costumbre en esta revista, el poeta Dionicio Morales ha hecho una selección de los más bellos poemas dedicados al padre. Como en el primer caso, los padres no siempre encontraron devoción y admiración en los hijos, a veces se dieron voces respondonas. En general, los poetas también encontraron razones, buenas y malas, para cantarle a sus padres. Dionicio Morales, uno de los poetas mayores de México y un hombre que ha renovado el periodismo cultural, ha explorado libros, revistas y periódicos en la búsqueda de textos sobre la madre y el padre; tiene por publicar sendos libros: uno, con los versos dedicados a la madre y otro más, con los hechos al padre. Es un trabajo único. Ahora, en el mes que se festeja a los padres, publicamos una pequeña muestra de esa poesía.

El Búho

Antología poética
Selección de Dionicio Morales

Algo sobre la muerte del mayor Sábines

(Fragmento)

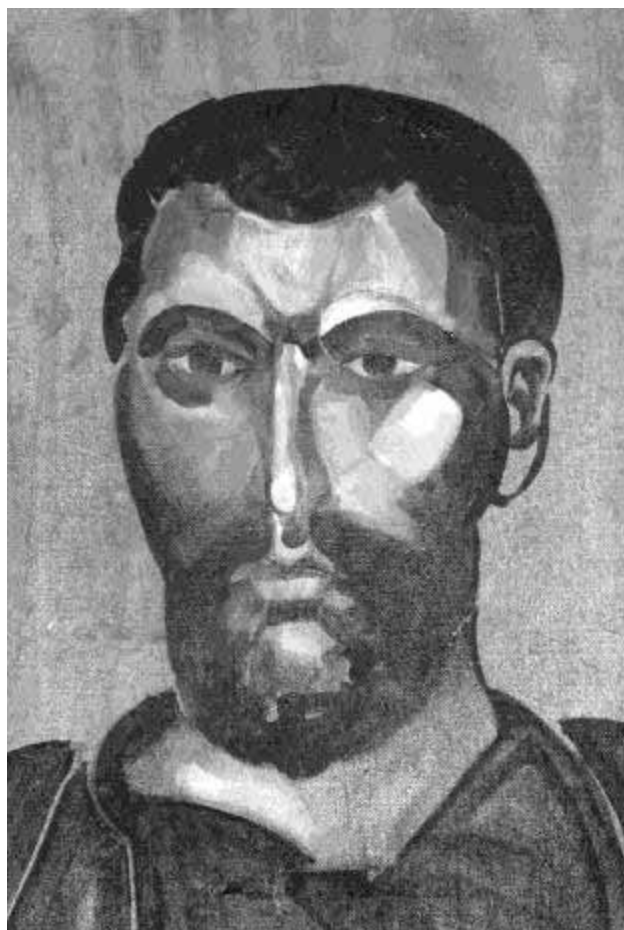
JAIME SABINES

Déjame reposar,
aflojar los músculos del corazón
y poner a dormir el alma
para poder hablar,
para poder recordar estos días
los más largos del tiempo.

Convalecemos de la angustia apenas
y estamos débiles, asustadizos,

Para la
memoria
histórica

(Archivo coleccionable)



Esther González

despertando dos o tres veces de nuestro escaso sueño
 para verte en la noche y saber que respiras.
 Necesitamos despertar para estar más despiertos
 en esta pesadilla llena de gentes y de ruidos.
 Tú eres el tronco invulnerable y nosotros las ramas,
 por eso es que este hachazo nos sacude.
 Nunca frente a tu muerte nos paramos
 a pensar en la muerte,
 ni te hemos visto nunca sino como la fuerza y la alegría.
 No lo sabemos bien, pero de pronto llega
 un incesante aviso,
 una escapada espada de la boca de Dios
 que cae y cae y cae lentamente.
 Y he aquí que temblamos de miedo,
 que nos ahoga el llanto contenido,
 que nos aprieta la garganta el miedo.
 Nos echamos a andar y no paramos
 de andar jamás, después de medianoche,
 en ese pasillo del sanatorio silencioso
 donde hay una enfermera despierta de ángel.
 Esperar que murieras era morir despacio,
 estar goteando el tubo de la muerte,
 morir poco a poco, a pedazos.
 No ha habido hora más larga que cuando no dormías,
 ni túnel más espeso de horror y de miseria
 que el que llenaban tus lamentos,
 tu pobre cuerpo herido.

Padre

ENRIQUETA OCHOA

para Macedonio y Teresa

Al montón de polvo que te cobija
 bajé esta tarde;

la sal de la llanura ardía
 bajo el árido resplandor del silencio
 y una furiosa soledad golpeaba
 contra la flor caliza de los cerros.
 Yo te hablé con esa ternura indómita
 que rompe dignidades,
 y que quebré de bruces en la tierra;
 allí donde ningún extraño enjugaría
 las pupilas ajadas de desvelo.
 Lejos,
 en muchedumbre hambrienta palpitaba la vida
 ajena de tu muerte y de la mía...
 ¿Es que pronto no habrá una lágrima
 para mojar tu ausencia,
 una antorcha vehemente que te salve de tanta
 nieve oscura?

Redoble bajo una ceiba

(Fragmento)

JUAN BAÑUELOS

I

Padre anciano,
 Obrero y gran señor,
 Sesenta y nueve rama se han secado
 En tu arbolado corazón.
 Padre, es claro,
 Yo acecho tu bastión;
 Me abro paso entre cedros y álamos
 Cuando, de pronto, soy
 La multitud hambrienta de una calle
 Aherrojada en cilicios de terror.
 Padre obrero,
 Obrero y gran señor.



Carla Ruvalcaba

II

Entre el moribundo y el muerto
Cómo zumba el asombro,
Cómo zumba el insecto burlón del silencio;
Cómo en esa mirada de pez sobre la arena
Sube la marea de la preñez amarilla
Del espectro;
Cómo su boca se abre
Sin estruendo;
Cómo su frente es un paisaje
Ya sin viento
Y un día breve es su mejilla.
En su mano derecha
Hizo su tálamo el tiempo.
El cuarto es un planeta a la deriva
Que encallará en su pecho.
El gruñido lejano de una puerta
Desova la noche entre sus huesos.

¡Qué proa su nariz hendiendo el alba!

Un invisible animal se duerme en tus cabellos.

Poema

ISABEL FRAIRE

De joven mi padre vivió en un cuarto junto al tren elevado
todo el día toda la noche se oía el persistente
infernol traqueteo
él recorría calles en busca de trabajo leía lavaba platos
flotando todo el tiempo como Chagal
sobre nubes moradas

En la muerte de mi padre

ANTONIO CASTAÑEDA

Hoy recibí
la noticia

de su muerte
 y lo confieso:
 no padecí
 el dolor inmenso
 que dicen
 se sufre
 en estos casos.
 Sólo experimenté
 una gran tristeza
 por tanto desamor acumulado.

Canción del padre

ALEJANDRO AURA

Nos juntábamos para reírnos;
 es de entonces que tengo esta afición al canto
 en vez de la blasfemia; para reírnos
 nos juntábamos. Vuelvo a insistir
 en el amor;
 alguna vez acabará de regarse nuestro polvo
 por los cinco continentes y el mar. Querré
 estar
 muchas horas mirándote,
 me quedaré como una placa fotográfica, quieto,
 mirándote.
 Una vez una mujer me iba a tener un hijo
 ¿sabes?
 y me tuvo un tumor para mi eterna desesperación.
 Unos pintan el sol y otros la luna, otro
 retrataba
 la cara de los que se iban y de los
 que se quedaban. Querré que se parezca a los dos
 y que mire a fondo
 y que se ría: se reía,
 del mal se me reía, ya no sé ni qué es lo que
 recuerdo,

se reía
 y aquí tengo metida aquella risa.
 Siempre, a pasto bajo el sol,
 a calzón quitado lo digo:
 álguienes se van
 pero álguienes se quedan. Por cualquier cosa
 abríamos la boca de la risa. Querré mirarle
 horas enteras; nunca tenía calma, padecía de
 deambular;
 querré que mientras le miro
 no exploten las toneladas atómicas que
 almacenamos
 cuando no nacía.
 Nos juntábamos para reírnos
 (ayer en la mañana, anoche, hoy mismo a medio
 día.)
 Querré acostumbrarme a su pequeña fuerza;
 todos los días
 tenerle, todos los días ¿lo oyen?
 que me tenga. ¿Por qué no habría de ser así
 si mi
 corazón es sólo una flor grande?
 Nos juntábamos para reírnos. Era indefinible
 y su alma, dicen, buscaba avecillas
 para alimentarse. Pero a costa de nuestros días
 juntos,
 a costa de la enfermedad,
 a costa de la alegría loca de nuestra desnudez,
 (nos perdíamos) no me tuvo
 sino la inquietud con que fabrico historias
 como ésta.
 Un día,
 un día querré...

Doce versos a la sombra de mi padre

FRANCISCO HERNÁNDEZ

Qué abrazo tan oscuro era tu abrazo.
Siendo rayo, olvidabas la luz.
Y ensombrecías la ceiba.
De un solo manotazo la incendiabas.
Las hembras, al oír tu respiración,
recordaban la sangre y salían disparadas.
El mar rompía la esponja de tu pecho.
Era silencio el monte si cantabas.
Los jaguares corrían bajo la luna
al descubrir tus manos en sus garras.
Así te sabe mi pulsos de memoria.
Así te busco detrás de la mirada.

Nocturno para el padre

EVODIO ESCALANTE

En presencia de lo que no se dice, delante
del ceniciento rostro
de alguien que puede ser mi padre,
en el pozo de angustia, en el recuerdo
pálido como una flor a la que le faltan hojas,
más acá de toda costumbre o privilegio, oigo
el desnudarse del tiempo sigiloso
al tenderse en mi cama.
Sin saber a cuál pacto secreto me rindo
sin presentar batalla, ignorándolo todo
acerca de la muerte, saco mi espada a relucir
y la hundo en mi boca que ya tiene estertores.

Después ya puedo levantarme, a medianoche,
entre los sucios resplandores
a escribir lo que pasa.

Carta patria

JOSÉ BUIL

Los tiempos cambian padre mío
Pero también yo me divierto en la fiesta de toros
La sangre en el ruedo me recuerda a las flores
Como el flirteo con mi madre confirma tu vida
cotidiana
No fui el médico que los ancianos esperaban
Ni el sueño ni el maravilloso futuro
Depósito antiguo
Soy sólo el hijo que se maravilla con la luciérnaga



Horacio Salcedo

Que se embriaga con la belleza de las muchachas
 El tipo que en las buhardillas
 Recoge las carcajadas verdes de los amigos
 Como una mariposa cegada por la luz
 Padre
 Envidio tu colección de tortugas
 El aparato de cine su manivela y las viejas películas
 Donde actúan los poetas
 Es cierto que no me gusta la filatelia
 Pero también me intriga lo que va a ser de mí
 Llevo veinticinco años en espera del hechizo
 prometido
 Y ya aprendí que la vida es sólo una acumulación de
 proyectos
 Me dejo la barba la rasuro me corto el pelo y las uñas
 Y no tengo a quien confiarle –mira nada más–
 La historia de todos los temores que me asaltan
 Los tiempos cambian padre
 Ya no entro al mar tomándote la mano
 Nunca vestiré como en tus buenas épocas
 Por más nostalgia que se acumule en los comerciales
 Ni sacaré a las muchachas a bailar swing
 Algo en el corazón te lo indica nocturno y silencioso
 Los placeres de tus hijos
 No son los que practicaste en los noviazgos
 provincianos
 Revisa bien los semanarios a la venta
 Pon atención a los noticieros de la radio
 Confirma que a los demócratas
 No les interesa perpetuar los viejos signos
 Los tiempos cambian padre mío
 Te amo porque en mí murieron muchas de tus
 esperanzas.

Poema

JORGE MAGARIÑO

Mi padre alguna vez
 quiso hablar conmigo,
 palmearme la espalda,
 enseñarme dos o tres
 estrellas relucientes.
 Nunca pudo hacerlo,
 ahora está lejos,
 tiene encima el peso
 de la tierra entera
 y una cárcel
 de madera vieja.

Mi padre siempre trabajó en lo mismo

FABIO MORÁBITO

Mi padre siempre trabajó en lo mismo.
 Él tan voluble,
 que entró y salió de tantas compañías,
 toda la vida trabajó en el plástico,
 tal vez porque nació donde no había montañas,
 en un país que no era el suyo,
 y lo sedujo una materia así,
 desmemoriada de su origen,
 que sabe regresar a su contorno
 como el cuerpo
 y que se saca de lo más profundo: del petróleo,
 donde se borran los países.
 Porque mi padre aprecia,
 en las personas y en las cosas,
 que sean flexibles.
 Ajeno a las verdades que se empujan
 y a los esfuerzos y rodeos
 con que la savia aprende su camino,
 poco proclive a la madera y a los credos,
 a todo lo que pierde humor
 y gana arrugas,



Javier Anzures

nació en la orilla de un desierto
donde la falta de relieves disuadía
de concienzudas búsquedas del alma.
Tal vez por eso lo sedujo el plástico,
que viene de lo más profundo,
del último escalón del mundo
que alcanzamos,
de donde sube el sueño de una vida
adolescente y mágica,
irrompible,
sin esos nudos que en la superficie
delatan un penoso crecimiento.
Lo que nos viene
de lo más profundo,
nos viene como un soplo
o como un sueño,
por eso a los que me inquirían
sobre qué hacía mi padre,
toda la vida contesté:
trabaja en materiales plásticos,

como una fórmula esotérica.
¿Toda la vida y también
trabajaré en lo mismo,
en la escritura,
en la palabra plástica y no rígida,
que es la palabra que se saca de lo más profundo?
¿De qué petróleo íntimo
nos salen las palabras que escribimos
y a qué profundidad
brota el estilo sin esfuerzo?
¿Qué tan al fondo
están las gotas de lenguaje
que nos curan
y nos redimen de la superficie
hablada?
Voluble como él, nacido
donde le tocó nacer,
busco lo mismo: una lisura que no existe,

una materia fácil como un soplo,
algo que dicho y repetido no se arrugue
y vuelva exactamente a su contorno.

Poema

SILVIA TOMASA RIVERA

Los vaqueros que regresan de camppear
traen la algazara de mayor,
esperan que anochezca.
La Rufina vive en Palmasola
dicen que tiene una casa con varios cuartos,
y varios corredores, donde muchachas
de piel morena y cabellos ensortijados
como nidos de palomas moradas,
se dedican a cuidar el jardín.

Cuando los hombres van a Palmasola
regresan con un brío
como de caballos salvajes,
dispuestos a enfrentarse al sol
y al verdor destellante del potrero.

Papá, ¿quién es La Rufina?
Cállate niña, es cosa de hombres.
Mi padre está haciendo unos muebles
para la casa, y pasa todo el tiempo en el aserradero,
eso nos da margen a mi hermano y a mí
de adentrarnos en el campo.

Seguimos el camino de las arrieras
hasta llegar al lindero.

Ayer vimos una víbora cascabel,
estaba enroscada y mi hermano la mató con un palo.

Yo no dije nada, pero sentí que los orines
me bañaban las piernas.

Regresamos a casa antes de que oscurezca
porque si te agarra la noche en el camino
puede pasarte todo,
hasta que la bruja te lleve
en su escoba de malvas, rumbo al río.

Infancia, Circa 1965

JUAN DOMINGO ARGÜELLES

Para mi padre
También para mi hijo

En la sonrisa de mi padre amanece el verano.
El niño que lo sigue toma su mano.

Se incendia un cardenal en el encino;
obre el oro solar las piedras del camino.

Ese es el árbol del chacá, señala,
y la mirada vuela como un ala.

Una anona que guinda morada en el verdor
se hace agua en mi boca con el calor:
sube mi padre al árbol, corta la fruta,
y al abrirla su aroma en mieles se transmuta.

Escribo estas palabras y esa imagen perdida
vuelve para instalarme junto a la vida.

No existe ya el camino de aquel verano,
pero sobre esta hoja lo revive mi mano. 🐞